

el orden natural no le presta ayuda, es principalmente en el mundo de la mística en donde es dado verlo.

Es muy natural. Si los comienzos y las primeras manifestaciones de la vida moral son tan delicados, y si tienen tanta necesidad de verse protegidos, ¿no será necesario un socorro todavía más poderoso al hombre que quiera practicar sus deberes del modo más perfecto posible y subir á la santidad? Pues tal es la labor de la mística.

No tenemos, pues, motivo alguno para desdeñar la mística natural, como si temiésemos que dañe á la mística sobrenatural. Los místicos cristianos jamás hicieron eso; por el contrario, apoderáronse de ella con celo tal, sobre todo en lo tocante á la especulación filosófica, que casi pudiera uno admirarse, si no se recordara que la escolástica no procedió de otra suerte con la filosofía antigua, y la Iglesia con el derecho antiguo.

No es, pues, motivo de confusión para nosotros, ni cosa que nos perjudique, el ir á la escuela de la filosofía platónica, para aprender á no evitar con tanto cuidado como lo hacemos, el trabajo intelectual, aun el más elevado.

Otro tanto cabe decir de las prácticas exageradas de ascetismo entre numerosos penitentes antiguos y modernos. Invítanos, por lo menos, á declarar que nuestra naturaleza podría verse tratada un poco más seriamente y con un poco más de severidad de lo que suponemos, y que no es posible hallar la sabiduría en la tierra de quienes se forman cómoda la vida. ⁽¹⁾

Si quisiéramos persuadirnos de una vez de que nuestra naturaleza es capaz de numerosos y considerables esfuerzos, fácil nos fuera entonces levantar nuestras miradas y nuestros deseos á las sagradas cumbres de donde recibimos auxilio. ⁽²⁾ Sábese hace tiempo que precisamente son aquellos que pretenden hacer creer que no necesitan de auxilios sobrenaturales, quienes ni aun utilizan sus fuerzas morales naturales, y que, por el contrario, aquellos que

(1) Job., XXVIII, 13.

(2) Psalm., CXX, 1.

hacen lo posible por el cumplimiento de sus ordinarias obligaciones humanas, son los más dispuestos á tenerse por siervos inútiles, ⁽¹⁾ y á confesar que, sin un socorro más alto, son incapaces de cumplir su misión natural.

Para convencer á cualquiera de que no le es posible alcanzar nuestro fin sin Dios y sin religión, sin fe y sin vida, según los preceptos de la fe, no hay medio mejor que invitarle á que pruebe sus fuerzas naturales. Verá que se le impone una perfección más alta que la que ordinariamente se imagina el mundo, que es capaz naturalmente de esfuerzos mayores de lo que quiere confesar nuestra molicie, y que su naturaleza tiende irresistiblemente hacia Aquél único que hace al hombre fuerte y puro, hacia Jesucristo nuestro maestro, nuestro modelo, y nuestra fuerza.

(1) Luc., XVII, 10.